

EL ARTE.

ENTREGA 2.^a

BARCELONA 15 DE ABRIL DE 1859.

CONSTRUCCION DE MONUMENTOS.

Hay épocas en que las artes figurativas se estacionan, porque ningun movimiento las impulsa, ninguna voz las alienta, ningun proyecto las estimula. La ausencia de este movimiento, de esta voz y de este proyecto no seria resultado de un escepticismo en que la humanidad se hubiese encenagado, porque no es posible que exista el escepticismo en toda la generalidad de las creencias de modo que pudiese introducir en la sociedad toda la inercia capaz de embrutecerla. Tampoco deberia considerarse como efecto de la falta de recursos, porque no es el lujo ni la esplendidez la mejor base sobre que debe estribar el arte. Tampoco pudiera atribuirse á la falta de genios capaces de llevar á cabo un pensamiento grande y bello, porque el genio que no puede realizar su idea por falta de libertad, muere de consuncion despues de haber batallado con la estupidez de los hombres, si bien se revela hasta en el menor de sus actos, bastando este solo para darle derecho á una inmortal corona.

Cuando un hombre pretende mostrar la calma mas fria del escepticismo, su fantasía crea un idolo del

material mas precioso que puede recibir forma de la mano del hombre, y le erige un templo suntuoso: cree en sí mismo, y desea, aun sin echarlo de ver, que el arte esculpa ese idolo y levante ese templo; si bien el arte se resiste á servir á esta idea, porque la fé del artista no puede hallar su dogma en la fé del escéptico. Cuando un pueblo es pobre y no puede acudir á las mas imprescindibles necesidades de la vida material, levanta los ojos al cielo, bendice á la Providencia, y cree: en su fé amontona piedras para erigir un templo al Todopoderoso que asi cuida del mas inundo reptil como del mas perfecto de los seres; y solo espera por salario de su tarea la bendicion del Cielo y la bienaventuranza eterna.— No fué rico el pueblo de la edad media, en el sentido que se dá actualmente á la palabra *riqueza*; y sin embargo se erigieron las catedrales que nos pasman y nos infunden todo el recogimiento necesario para elevar el espíritu hasta el mas sublime de los Séres.— Cuando el genio inflama la fantasía del hombre, nada le arredra: á la ingratitud de su pais opone la emigracion; y al través de mil obstáculos y privaciones halla al cabo el momento de realizar su obra; y cuando la realiza, procura hacer suyo el sentimiento de todo un pueblo, se constituye árbitro de su corazon, y es uno de los mas firmes apoyos del edificio social.

Las causas pues de semejante falta de estímulo

deben buscarse en otra parte. No se irá tan descaminado si se buscan en el demasiado ascendiente que adquieren los intereses materiales y positivos sobre los morales, en la demasiada fé que se tiene en la felicidad de las riquezas.

Otras épocas hay en que la sociedad se halla con todo el vigor de la vida, y con una animación capaz de impulsar cualquiera adelanto, viviendo en ella hombres pensadores que levantan la voz en favor de estos adelantos, ó que acogen la menor de las indicaciones para secundar los esfuerzos hechos por otros menos poderosos, presagiando un porvenir para todos. Cuando llegan estas épocas, las circunstancias que presentamos hipotéticamente aisadas, siempre se combinan, porque la posibilidad de alcanzar un propósito estimula la voluntad; y si la voluntad es firme, lo que se presenta como imposible se hace probable, y lo probable llega á realizarse.

¿En cual de estas épocas nos hallamos ahora? La sociedad española no es escéptica ni en religión ni en política en el grado que algunos quieren suponer: tiene la vida de la civilización moderna: tiene medios con que atender á las necesidades de esta civilización; y no le faltan genios que pueden realizar pensamientos capaces de ennoblecerla y darle gloria. La esperanza es actualmente en España la vida del arte, y el arte plástico debe prometerse un porvenir bastante lisonjero. Pero mientras esta esperanza no se realiza, el estudio debe fecundar los genios para adquirir la debida sazón y acudir con provecho á los llamamientos que se hicieren, donde el mérito debe triunfar si no en la realidad, en la opinión pública.

No son frecuentes las ocasiones en que el artista halla medios de acreditarse con obras en que el génio pueda desplegarse con toda holgura sin condiciones que le restrinjan ni pies forzados mezquinos que le sujeten; pero cuando la civilización cunde hasta en los mas escondidos rincones de la península, y la paz nos favorece con sus beneficios, nuevas necesidades se sienten; y no solo no hay que temer las devastaciones de otras épocas, no muy remotas por cierto, que han privado al arte moderno de muchos de sus mas preciosos monumentos, sino que es necesario atender á aquellas necesidades que la civilización de continuo crea, con la construcción de monumentos.

Quizá á estas circunstancias se deben los proyectos que existen actualmente en España, capaces de acreditar de una manera irrecusable á los que se dedican á las artes plásticas, y merecer el título de *artista*, tomada la voz en el sentido de *sobresaliente en una de las bellas artes*. Sin ir en busca de otros proyectos de interés mas ó menos general y de mayor ó menor extensión que en varias ciudades existen, pueden citarse dos, cuya importancia es, bajo distintos puntos de vista, incontrovertible. La basílica de la Concepción que quiere erigirse en la Corte es uno de ellos: el

ensanche de Barcelona, es el segundo, no solo por lo tocante á la distribución del plan del grande arrabal que debe construirse, cuanto por los monumentos que en él deben levantarse.

Erigir desde los cimientos una basílica, y dedicarla á un objeto sagrado en el cual se encierra el pensamiento de toda una nación, es una idea capaz de encender el espíritu menos entusiasta y mas apático. Un proyecto de esta naturaleza abraza todos los ramos que el arte plástico puede comprender, todos los grados en que puede históricamente desarrollarse, todos los asuntos bíblicos que el arte gráfico puede tratar. Un edificio de esta naturaleza puede encerrar tesoros artísticos de gran valor y sin cuento. Todas las artes bellas pueden hallar en él su elemento, y la misma Industria sometida á ellas puede contribuir al mayor complemento. Si el pintor y el escultor pueden, utilizándose de la conveniencia de localidad dar á sus obras aquella oportunidad que las realza, las ilustra y aclara, el arquitecto haciendo propia y verdadera aplicación del arte á la Industria, obtendrá la debida armonía entre el edificio y los objetos que han de adornarle; y desde el vaso y alhaja mas importantes hasta la menor de las partes de las vestiduras sagradas y al mas insignificante de los muebles para el servicio del altar y sacristia, todo debe ser objeto de su lápiz. Un monumento semejante no puede concebirse en solo su parte material, en sus formas plásticas, tan solo; se le concibe como tipo de ellos en nuestra edad, como modelo de sus ceremonias, de sus preces, de sus canticos, de su música, del rito entero.

Respecto del ensanche de Barcelona no es fácil que *El Arte* pueda considerarle como simple medida higiénica, ó estadística ó económica. Si *El Arte* no ha de salirse de los límites del arte, no puede considerar esta nueva extensión que va á recibir esta ciudad sino como una satisfacción de las necesidades morales de la sociedad. Distribución conveniente en que los accidentes del terreno, las necesidades de la localidad, las condiciones higiénicas, la estrategia, la visualidad, todo esté en perfecta armonía, sin que domine una de estas circunstancias sobre las demas en un solo ápice, con ribuyendo á que la vida halle todos los elementos de vida así del espíritu como del cuerpo. Establecimientos públicos de todas clases, Iglesias, monumentos conmemorativos, son objetos de arte que deben tener un lugar, y no de los menos importantes, en el proyecto. Cada uno de ellos por si solo merece un estudio particular, segun las necesidades á que deba atender, segun el carácter mas ó menos simbólico que pueda tomar.

No es ocasión esta de prescribir reglas ni sentar principios que sirvan de antecedente para la traza de cualesquiera de estos dos proyectos, porque deben de saberlos los que en ello se ocuparán, y porque no

debe quitarse al génio la libertad de espaciarse previniendo una crítica. Solo es dado ahora indicar, que si un día se ha de entrar en esta tarea, no deberá *El Arte* hacerlo buscando en el terreno de mezquinos intereses materiales, ó de exigencias importunas de particulares, los pies forzados á que el génio arquitectónico debe muchas veces sujetarse, porque no son estos los que el arte necesita, sino los que surgen de la naturaleza misma de la cosa. La parte económica de una obra de arte no debe ser un pretexto para escusar la falta de mérito de ella: menos riqueza y mas arte: mas poco, pero mas bello es lo que se necesita.

J. Manjarrés.

ENSAYOS DE CRÍTICA LITERARIA.

SOBRE LA POESÍA.

I.

«No sé por que fatalidad, dice el P. André, acontece que las cosas en que mas se ocupan los hombres, son de ordinario las que se conocen menos. Tal es, entre otras, la belleza. Todo el mundo habla, todo el mundo discurre de ella. No hay sociedad en la corte, no hay reunion en las ciudades, ni eco en los campos, ni bóveda en los templos donde aquella palabra no resuene. En todas partes se ve la belleza; donde quiera se siente: lo bello está en las obras de la naturaleza; está en las creaciones del arte; hay belleza en las producciones del espíritu; la hay en las costumbres. Poco es para el hombre, cuando la encuentra, decir que la siente: es preciso que confiese que le ha herido, que se ha apoderado de todo su ser, que está encantado de ella. Mas de qué lo está? Qué es esa belleza que tanto le hechiza?» (1)

Con estas elocuentes palabras empieza el filósofo citado su *Ensayo sobre lo bello*. Con las mismas daremos nosotros comienzo á la série de artículos que nos proponemos publicar bajo el epígrafe que encabeza estas líneas, con tanta mas razon cuanto que al principiar nuestras tareas (sobre las cuales reclamamos desde ahora para siempre la indulgencia de nuestros lectores), lo hacemos aventurando algunas observaciones generales sobre la *Poesía*; sobre este medio el mas delicado, puro y significativo de expresar la belleza; sobre esa encarnacion de lo bello, tanto, como este, fácil de ser comprendida por el corazon, como difícil, cual él de ser definida por la inteligencia;

sobre esa flor, que, á la manera que las de nuestros jardines guardan acaso dentro de su cáliz los mas delicados perfumes, encierra ó debe encerrar entre sus hojas la belleza; la belleza cuya fragancia llega al corazon de fibras sensibles, como el olor de aquellas llega al olfato delicado; pero que se escapa y tal vez se disipa ante la fria razon del filósofo ó del crítico que intenta analizarla ó explicarla, como se aja, y marchita y pierde su aroma la flor natural entre los dedos del botánico que la estudia y analiza para conocerla, describirla y clasificarla.

Mas aun; la poesía es no solamente la expresion mas trasparente, el símbolo mas significativo, la manifestacion mas clara de la belleza; sino que es hasta su medida cuando, con los medios ó recursos de que disponen, intentan expresarla las demas artes; y ni el músico, ni el pintor, ni el escultor, ni el arquitecto creen rebajar la importancia ni la dignidad relativa de las que cultivan, de esas deidades hermanas á las cuales ofrecen el tributo de sus obras, al valuar estas por la mayor ó menor poesía que encierran; al dar el nombre de poéticas á sus sinfonías, á sus pinturas, á sus estatuas, á sus edificios; al emplear muchísimas veces cual sinónimas, como lo hacen tambien los que no son artistas, las dos palabras *belleza* y *poesia*.

Siendo esto así, porqué no habíamos de aplicar á esta última las observaciones que el autor del *Ensayo sobre lo bello* hace sobre este? Y si al recorrer el ameno pais de la literatura á cada instante hemos de encontrar y hasta nos ha como de venir á las manos, esa bellísima flor de la imaginacion, la cual es á su vez otra flor con que plugo al Señor embellecer nuestra vida, á la par que adornar nuestro espíritu, es no tan solo lo mas natural, sino hasta lo mas conducente que digamos algo sobre la misma, siquiera para que nos entendamos al tener que emplear la palabra que la espresa, la palabra *poesia*. A mas de que, no porque como filósofos nos reconozcamos impotentes para definirla, ni incapaces como críticos de explicarla y analizarla, creemos no poder hacerla sentir á los demas como poetas; y ya que el Señor, loado sea por ello, se ha dignado poner en nuestro corazon una leve chispa de ese fuego que crea los artistas, procuraremos comunicarlo al de nuestros lectores, en la seguridad que tenemos de que, hablando de la belleza, mas que arrimar la luz de la inteligencia á los objetos exteriores, conviene casi siempre alumbrar y llevar calor al corazon que ha de sentirlos. Horacio ha hecho mas poetas con sus odas, que con su epístola á los Pisones, y si Dante no hubiese sido tan gran poeta, quizás hubiera enfriado con sus teorías sobre el arte muchas de las imaginaciones que caldeó con su *Divina Comedia* (1).

[1] Suplicamos á nuestros lectores que no den á estas palabras una interpretacion mas extensa y libre que la que

[1] OEuvres philosophiques du Père André, discours, I.

Qué es pues la *Poesía*? Qué cosa es esta en la cual todo el mundo se ocupa, que casi todos los hombres sienten y que nadie acierta á explicar? Dos grandes grupos de escritores os contestarán sin embargo á esta pregunta: los unos, no poetas, pretendiendo definirla; los otros, sus ministros, contentándose con explicar sus efectos. Los primeros os dirán que la poesía consiste en la *imitación*; en la *ficción*. «La poesía no es mas que una historia fingida ó fábula,» (1) leeréis en algun preceptista, y en otro «que es el lenguaje de la pasión ó de la imaginación animada, formado por lo comun en números regulares.» Todos ellos os darán á conocer sus atributos, pero la esencia se les escapa: os describirán algunos rasgos de su fisonomía, pero buscareis en vano en sus definiciones la expresión, la vida, el alma de esa deidad misteriosa: os habrán pintado cuando mas la flor, pero no se han acordado ó por mejor decir, no han sabido haceros percibir su fragancia.

Serán mas afortunados en su empresa los segundos? Creemos que sí, ya que como mas prácticos se han colocado en mejor terreno, revelando y procurando hacer sentir á los demás lo que ellos han sentido. Y en efecto antiguos y modernos, todos los poetas que han hablado de la poesía la han considerado como algo de emanación divina; han convertido en deidades, ó cuando menos en genios superiores al hombre, las musas inspiradoras; se han dado á sí mismos los nombres de *creadores*, sacerdotes, trovadores etc., y hasta, debieron atribuir algo de sobrenatural á las mismas producciones de la poesía, puesto que, segun observa Du-Meril (2), la voz *Cármén* significaba al principio un encanto mágico ó una profecía. Ellos calificarán de *mens divini* esa fuerza creadora que hace al poeta; á este le llamarán *musarum sacerdos*, y os dirán que como tal obra *invita Minerva, aspirate canenti*; os le compararán cuando mueve sus labios al impulso de aquel misterioso poder, á la Sibila sentada en la profética trípode, y

aquí les damos. Estos ejemplos puestos aquí exclusivamente para aclarar el pensamiento anterior, no significan que desconozcamos ni neguemos la influencia de los preceptos, ni de la crítica. En otra ocasión formularemos nuestras opiniones sobre esta materia. Para saber como pensamos en bellas artes es preciso que se nos dé espacio para desenvolver nuestras ideas. Una profesión de fe literaria no puede formularse mas que en una serie de discursos. El que dice yo soy clásico, yo soy romántico, yo soy ecléctico pretendiendo decir mucho en dos palabras, no dice nada.

[1] El marqués de Santillana, que aunque poeta consideraba la poesía segun las ideas de su tiempo, dice hablando de ella. «E ¿qué cosa es poesía [que en nuestro vulgar *gaya ciencia* llamamos, sinón un fingimiento de cosas útiles, cubiertas ó veladas con muy hermosa cobertura, compuestas, distinguidas, ó scandidas por cierto cuento, pesso ó medida.» *Proemio*.

[2] Poésies populaires latines antérieures au douzième siècle. t. I.

al describir el estado de su alma en el momento en que la inspiración le arrebató, os dirán con Ovidio:

Est Deus in nobis: agitante calescimus illo:
Impetus hic sacræ semina mentis habet. (1)

Est Deus in nobis: sunt et commercia cœli:
Sedibus ætheris spiritus ille venit. (2)

Y no se crea que solo fueron los poetas paganos los que tal importancia atribuyeron á la poesía: el cristianismo que la asoció á sus alegrías como á sus tristezas, que la hizo intérprete de sus triunfos como de sus persecuciones, que la admitió en sus templos y la brindó á deponer sus ofrendas al pie de sus altares, el cristianismo le da tambien un origen celeste, y era por cierto uno de sus mejores poetas el que dijo de la misma, que «es una comunicación del aliento celestial que fué inspirado por Dios en el ánimo de los hombres para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo. (3)»

«La poesía, ha dicho uno de los mas grandes poetas de este siglo, es la encarnación de lo que el hombre tiene de mas íntimo en el corazón y de mas divino en el pensamiento; de lo que la naturaleza visible tiene de mas esplendente en sus manifestaciones y de mas melodioso en sus sonidos. Ella es á la vez sentimiento y sensación, espíritu y materia; y hé aquí porque es un lenguaje completo para el hombre... idea para el espíritu, sentimiento para el corazón, imagen para la fantasía y música para el oído.» (4). «Es imposible, observaba Mme. Staël, definir lo que hay de verdaderamente divino en el corazón del hombre: pueden darse palabras para explicar algunos de sus rasgos, mas no los hay para expresar el conjunto, y sobre todo el misterio de la verdadera belleza en todos los géneros. Nada difícil es decir lo que no es poesía; si se quiere empero comprender lo que es esta, fuerza será llamar en nuestro auxilio las impresiones que excitan un bello paisaje, una música armoniosa, la mirada de un objeto querido, y sobre todo el sentimiento que despierta en nosotros la presencia de la divinidad.» Por consiguiente, podríamos añadir nosotros, el que no haya sentido nunca palpar su corazón al ver las grandes escenas de la naturaleza, ó al oír narrar los heroicos hechos de la virtud; el que no haya admirado el poder de la inteligencia humana; el ser desgraciado á quien nada dicen la voz del huracán, el movimiento eterno de las olas, las puestas de sol

[1] Lib VIII. fast.

[2] De arte amandi. III.

[3] Este pasaje es de F. Luis de Leon, que era poeta, como el mismo dice, mas por inclinación de su estrella que por juicio y voluntad.

[4] Lamartine, médit. poetiques, introducción.

resplandecientes y siempre tristes, las noches estrelladas, el silencio en las altas cumbres, la soledad en los bosques, las grandes obras del arte, una música religiosa etc. etc. renuncie á entender jamas lo que por poesia comprendemos, y por consiguiente á ser su intérprete con palabras ó sonidos, mármoles ó colores. Podrá ser quizás un gran filósofo; tal vez logre ser un excelente mecánico, un profundo matemático; pero nunca será poeta, ni como crítico le será jamas dado pasar de la esfera exterior del arte. Poseerá tal vez el triste y no envidiable don de conocer los defectos, pero no el dulce privilegio de saborear las bellezas. Conocemos cuanto tendrá de desencantador para muchos esta consecuencia; no se nos oculta que para la generalidad de los hombres son casi sinónimas las palabras de *versificador* y *poeta*, entre las cuales tanta diferencia encontraba ya nuestro Juan de la Encina (1); y hasta confesaremos que al meditar sobre la esencia de la poesia, y las extraordinarias y privilegiadas dotes que su cultivo requiere, se ha llenado mas de una vez de rubor nuestra frente pensando en los versos que habíamos escrito, y no sin cierta especie de respeto religioso hemos llevado la mano á nuestra pobre lira; mas ni porque repugne á nuestro orgullo renunciar á la ilusion de creernos poetas ó dignos apreciadores de la belleza; ni porque se nos arguya que al colocar sobre un pedestal tan elevado la poesia serán pocas las oleadas de incienso que hasta ella lleguen, hemos de rebajar por eso la importancia de la que es una comunicacion del cielo, segun el dicho de Fr. Luis de Leon, ni creer que, cual fuego fátuo, esté destinada á arrastrarse por el suelo, la que, como brillante estrella, tiene su asiento en las mas altas regiones del sentimiento y de la inteligencia humana. Mas aun, creemos, y esto será para nosotros objeto algun dia de un trabajo especial, que el primer precepto que á los que aspirasen al elevado título de poetas y de críticos debería darse, seria decirles con la ya citada Autora de la *Corina*: «Sed virtuosos, creyentes y libres; respetad lo que amais; buscad la inmortalidad en el amor, santificad en fin vuestra alma como un templo á fin de que no se desdén de descender á ella el ángel de los pensamientos elevados» el ángel de la poesia; ó bien aplícarles aquel dicho de Diógenes el Cínico; «antes de acordar su flauta, deberían los músicos templar su alma».

JOAQUIN RUBÍO.

[1] Cuanta diferencia, dice, háya del músico al cantor, y del géometra al pedrero, esta misma es entre el poeta y el trovador.

LOS ALMOGAVARES.

I.

Cuando la España, tras la desaparicion del nombre godo que abarcaba la monarquía general, resucitada en el siglo XV, se vió invadida por las huestes africanas, los diversos territorios de que aquella se componia quedaron desocupados con mas ó menos lentitud, segun era la distancia que mediaba entre cada extremo y el foco principal de irrupcion, ó segun era tambien la proximidad á las fronteras de la nacion vecina, y la importancia real y moral de los habitantes que las poblaban. Es de ver, pues, que la parte meridional, como presa inmediata de los irruptores, quedaria mas destruida, y por consiguiente, aniquilada con mayor estrago la raza que antes la poblara, al paso que en las cercanias del Pirineo, ya por la mayor distancia, ya por la facilidad de internarse en los territorios de una nacion potente y vecina de España, quedaron mas á salvo los moradores, por el mayor tiempo que tuvieron de poder emigrar, ó de parapetarse en la montaña. El último caso tuvo lugar tambien, é indistintamente, en unos y otros extremos ó territorios, cuando en ellos se encontraban elevados montes y cordilleras, con la sola diferencia que, asi como en el Pirineo era segura la retirada, en las fragosidades del interior de la Península equivalia cada una de estas solo á un baluarte aislado, donde se encerraba acometido por único y postrer recurso, sin quedarle mas remedio que, ó transigir con los agresores, ó dejarse morir de hambre y de desesperacion.

Nuestra historia nos presenta ejemplos de esas transacciones inevitables en guerras tan devastadoras é inhumanas, y tambien de esas muertes desesperadas en que solo el patriotismo puede compensar á la víctima; pero, como intermedio de ambos extremos, nos ofrece tambien, como ejemplo, la duracion de tribus, familias ó cohortes por largo tiempo en ciertas montañas, que, si bien en un principio pudieron ser un baluarte donde se fomentara una esperanza noble, vinieron á degenerar despues en escuela y refugio de bandoleros y criminales, resultado de la necesidad en que se vieron los que allí se refugiaron, sin pan que comer y sin vestidura con que cubrirse; y tambien de la indiferencia con que miraron los mismos conquistadores esos presidios de infamia, ocupados como estaban en otros negocios mas importantes, cuales eran las tomas de las ciudades y la estension de su dominio desde un extremo á otro de España.

Así tuvo origen la *almogaveria* en tiempo de los árabes, y en los territorios que no pertenecieron á

lo que se llamó despues Corona de Aragon, y ni aun, quizá, en toda la línea pirenaica, pues tanto la tradicion como la historia nos presentan como principal baluarte de los *almogavares* la raya del Muradal, terreno emboscado y montuoso, al confin de sarracenos y cristianos, y sobre el camino de Castilla á Córdoba y Sevilla, desde donde salian á saquear á amigos y á enemigos. Esta asercion del cronista aragonés Desclot, (quien añade que el rey de Castilla jamás pudo avenirse ó acabar con ellos), es la confirmacion, en cierto modo, de lo que indican otros autores anteriores y posteriores y de la version que se dá á la etimología de la palabra. Asi, por ejemplo, explica Ducange (quien lo tomara de Pachimerio, como se verá), que unos los hacen descender de los primitivos Avars ó Hunos que invadieron las Galias y la España, mientras que otros los creen puramente árabes ó sarracenos, por significar la palabra árabe *Mghabbar*, junto el artículo *al*, lo mismo que polvoroso, ó ser *Muhavir* en esta lengua igual á *Muhavar* en hebreo, á saber, sócio, compañero ó adjunto, lo que traduce el padre Guadix por *el que trae nuevas*; Sebastian Covarrubias dice llamarse asi antiguamente «en lenguaje arábigo, los soldados viejos y platicos que non pudiendo seguir los campos están entretenidos en algún presidio;» Rodrigo, el arzobispo de Toledo, nos pinta en su crónica el modo como vino á caer Córdoba en manos de cristianos, lo que tuvo lugar «acudiendo algunos sarracenos, agraviados por los principales de la ciudad, á la soldadesca que tenia el rey á la traspuerta de Sierra Morena, y á quienes los moros llamaban almogavares, brindándoles con sus personas y el arrabal de la Axarquía;» y por último, el mencionado Jorje Pachimerio, autor griego, segun traduce Moncada, manifiesta ser los almogavares descendientes de los Avars, y compañeros de los Hunos y Godos, añadiendo el último, que aun cuando se colige por leyes de las Partidas que era nombre de milicia, no contradice esto lo primero, porque entrambas cosas pueden haber sido.

La deducion, pues, que ofrecen todos estos datos es que eran los almogavares de los montes, sarracenos ó cristianos indistintamente, ó á la vez unos y otros; que solo el compañerismo pudo ser su disciplina; y que era su oficio aprovechar la ocasion de hacer correrias y asaltos, de cualquier modo que fuesen, con tal que redundaran en provecho propio; lo que acaba de explicar mas por estenso el mismo Desclot, que habria quizá estudiado las crónicas antiguas de Castilla, añadiendo «que los hay llamados Golfines, Castellanos ó Salagones, de lo mas remoto de España, y por lo mas de la costa, los cuales, como no tienen renta alguna y todo se lo han gastado ó jugado, fugitivos de su pais por alguna maldad que han cometido, van siempre armados, y como no tienen ningun ejercicio á que dedicarse, van agolpán-

dose por la frontera de los puertos del Muradal.»

Sea este el origen de los almogavares cuando la dominacion árabe, ó sea una reminiscencia de costumbres importadas por tribus ó pueblos primitivos, es el caso, que los primeros datos históricos que á ellos se refieren no se remontan mas allá de principios del siglo XIII, y por los mismos solo se descubre el cuadro de un pueblo errante, mas feroz que guerrero, acaso por la necesidad que le impulsaba, y sin prestar servicio alguno directo á ninguna nacionalidad de España. Pero, el mismo siglo cabalmente, (pues á él pertenecen el arzobispo de Toledo, Alfonso el sabio de Castilla, S. Fernando, Jaime el Conquistador y otros cronistas que hablan por primera vez de almogavares), se encuentra ya transformado el oficio salvaje en institucion militar, si cabe asi decirlo, con una organizacion completa, y supliendo en las guerras y conquistas á lo que, en lenguaje moderno, llamamos infanteria.

La Corona de Aragon, esa nacionalidad prepotente de la edad media, que, empezando por la federacion entre aquel reino y Cataluña, fué conquistando los estados mas vecinos que necesitaba para engrandecerse, y acabó por tener el imperio del mar hasta el Oriente, fué la escuela donde los verdaderos almogavares militares se formaron, creando, digámoslo así, el importante modelo de los que, desde entonces, se conocen ya esclusivamente bajo tal nombre.

Desclot no especifica esta transformacion, y esto prueba que el cronista, atendiendo mas al continuado uso de la palabra almogavar, que al significado de la misma, diverso segun las épocas y los paises, aglomeró en su descripcion lo antiguo y lo general en España con lo de su tiempo y particularmente de su patria. Asi es que se ignora como fué creada la nueva, milicia y no puede fijarse la época precisa de tan útil empresa, pues, ni en tiempo de los condes de Barcelona, ni aun en las batallas de los primeros condes-reyes, como son las de Úbeda y de Muret, en que estuvo Pedro el Católico, se encuentran, que sepamos, por los documentos y descripciones históricas que hemos visto, mencionados jamás los almogavares, hasta que tiene efecto la conquista de Mallorca por Jaime I, segun es de ver en la crónica escrita por el mismo monarca. Sean que se crearan en este reinado, ó en otro anterior, que la historia se haya olvidado de consignar; sea el almogavar guerrero una transformacion del salteador árabe—hispano, ó sea, por fin, y es lo mas probable, una institucion enteramente nueva, pero adornada solo con cierta parte del oficio antiguo, como puede serlo por lo que toca al traje, al modo de distribuir las fuerzas, á los nombres de los caudillos y á su manera especial de guerrear; resulta, de todos modos, ser esa clase de fuerza militar mas propia de la Corona de Aragon, que de ninguna otra nacionalidad de

Europa, y la verdadera á que se refieren todos los historiadores, y de la que se cuentan tantas hazañas y servicios. A ella, pues, nos referimos en adelante, pasando á esplicar su organizacion, su traje, sus costumbres, su ferocidad y valor, la confianza que los almogavares merecieron de los reyes, y los grandes beneficios que de su intervencion en grande conflictos reportó la patria que la sustentaba. (*Se continuará.*)

Antonio de Bofarull.

Á LAS RUINAS DE AMPURIAS.

Mirad, mirad; al desigual murmullo
que constantes levantan
las ondas de la mar contra las rocas,
Ampurias duerme en la desierta playa.
Las vanidades locas
del mundanal orgullo,
ciudades de la tierra
un instante acallad, y contempladla
bajo el sudario que su polvo encierra.

¿A donde está el poder que te engracia
aliada altiva de la escelsa Roma?
¿Donde de tus bazares la riqueza,
que oscurecer podía
la de Tiro, Sidon y Alejandria?
¿Donde, Ampurias, la vida, la grandeza
que animó tu recinto ora desierto?
¿Dó las soberbias naves que veías
cargadas de oro en tu animado puerto?

Al meditar en tus gloriosos días,
ya en mi mente figuro
tus plazas, termas, pórticos y fuentes,
y hasta á la sombra del potente muro
rodar tus carros, pulular tus gentes.
Aun juzgo en mi ilusion estar oyendo
entre el murmullo de la edad pasada
de tus talleres el confuso estruendo,
y en la noche callada
sobre la calma y soledad sombrías
que cubren tu llanura abandonada,
el lúgubre clamor de tus vigias.

¡Tanto poder al pensamiento es dado...!
Mas ¡ay! solo resuena
por tu desierta arena,
el paso del labriego indiferente
que cruza sobre tí, como han cruzado
siglos y siglos por tu hundida frente.

Cuando tus puertas la amistad abria
de Scipion á las soberbias haces,
¿quién augurar podía
la calma funeral en que ora yaces?

¿Quien en ella te hundió? ¿Qué brazo infando
pudo postrarte así? ¿Cediste acaso
al golpe rudo del feroz Normando,
cuando en negro turbion sus densas hordas
bajaron desde el Norte al Occidente,
dejando de su paso

la huella horrible, desastrosa, impura,
que deja siempre asolador torrente
sobre la mies de la feraz llanura?

¿O esas montañas de menuda arena
por revuelto huracan fueron lanzadas,
á manera de aquellas del desierto
que en negras oleadas,
el horrible Simoun desencadena,
y cual ellas cruzando los espacios
para siempre llenaron despiadadas
tus arcos, acueductos y palacios?

¿Fuiste cual las ciudades del Oriente
maldita del Señor, y como á ellas
al señalarte en el oscuro suelo
el dedo de su diestra omnipotente,
como nubló que avanza
cubriote al punto con siniestro vuelo
el terrible Querub de su venganza?

¿O los pueblos distintos,
que á la vez encerraron tus recintos,
la muralla sagrada derrocaron
que costumbres y iares separara,
y en envidioso ardor luchando á muerte;
sucumbieron los dos, sin que dejara
á la implacable suerte
restos de lo que fué, ni aun el mas fuerte?

Así dos naves de rencor preñadas
si en el estenso mar se descubrieron
por el odio feroz arrebatadas
muerte mandan al par con bronco acento,
mientras vuelan, se embisten y aferradas
luchan cual dos atletas cuerpo á cuerpo:
llegan y huyen las ondas espantadas,
todo en torno es fragor, humo, lamento,
hasta que rojo punto chispeante
brilla en una, se estiende, y acrecido
por el récio aquilon, en un instante
con un cinto de llamas las rodea,
álzase universal, ronco alarido,
y antes que alguna vencedora sea,
entrambas con horrisono estallido,
dejan no mas de su furor insano
las pavesas que traga el Oceano.

Ni aun quedaran de ti sobre la tierra,
para mostrar tu gloria, ó tu fortuna
cual de Menfis la altiva ó Babilonia
el arco derribado ó la colona:
¡ay! ni un monton de escombros del que hicieran
tus héroes pedestal, ó á dó leyeran
las futuras edades

tu poder, tu infortunio, ó tus maldades.

En vano ansia evocar el pensamiento
hechos de que tu gloria fué testigo;
todo la tierra con furor cruento,
todo en sus senos lo escondió contigo,
que aun cuando á la memoria
heroes acuden de gloriosa historia
que aqui despues los siglos contemplaron
lidiar y aun perecer, que consumaron
hazañas que la edad mengua ó abulta,
ni aun los miraste tu, los vió ese polvo
que tus grandiosos restos nos oculta.

¿A quien reservas cuanto avara escondes
bajo ese manto de infecunda arena?
pero nada á mi voz, nada respondes,
y al verte muda la razon severa
como tenue vapor en la ancha esfera
á través de los siglos va perdida,
y asombro grande al pensamiento aqueja:
¡ay! si ruda la muerte
los restos de la víctima nos deja,
nada nos dice su silencio inerte.

Lo que fuiste, lo que eres, de tu historia
eso es dado alcanzar tan solo al hombre;
al eco de tu nombre
con curioso interés llega á tu arena
que arrullan mansas de la mar las ondas;
la mente alli de tus recuerdos llena
de tu fin penetrar quiere el arcano,
contemplar tus secretos, como un día
los que hubieron Pompeya y Herculano.

Mas contigo se estrellan
del hombre la constancia y la porfia,
un puñado del polvo que te encierra
con impropio afanar alza su mario;
mas apenas profano
la punta alcanza del mortuorio velo,
de la Pirénea sierra
cual si á salvar viniera tu secreto
fuerte y árido norte se desata,
y el ancho surco de su afan objeto
la arena ciega, y su esperanza mata.

¿Acaso, acaso con tan frágil sello
te quiso Dios cerrar eternamente,
no dejando de luz solo un destello
que de tu fin mostrase los azares,
á la sed de inquirir que el hombre siente?
¡O así como á las ondas de los mares,
de aqui no pasareis, dijo potente,
á esa curiosidad de orgullo henchida
dique puso tambien, dique liviano
que nos postre y humille, en ese polvo
que alza y apila el huracan insano?

¿Quién puede penetrar los insondables
misterios del Señor? Prosigue, Ampurias,
en tu sueño y tus sombras perdurables:

el estruendo del mundo, ó las injurias
del tiempo indiferente
no turbarán tu calma, y á tu oído
llegarán solamente
cual del fervido mar llega el rugido.

Para mi fe sencilla
eres tumba no mas, tumba sagrada
donde el curioso ardor cede y se humilla.
El alma aqui se oprime y anonada
ante la soledad que te rodea,
trayendo al pensamiento
la pequeñez de la grandeza humana,
vapor que forma y desvanece el viento.
Ante ese mar que turbulento ondea,
y la sublime inmensidad del cielo
que decretara tan terrible fallo,
siento crecer mi religioso anhelo,
y humilde tiemblo, me prosterno y callo.

Maria Mendoza de Vives.

ESTADO ACTUAL DE LA CUESTION DE ENSANCHE.

Supuesto que una parte ha de tener el arte en el ensanche de Barcelona, permítase á *El Arte* llamar la atencion sobre un punto tan importante. Concedido el ensanche ya, se nombró por el Excmo. Ayuntamiento una Junta con el carácter de consultiva, para que emitiera su dictámen acerca las diversas cuestiones que la realizacion de esta mejora lleva involucradas. Despues de numerosas sesiones elevó la Junta consultiva su dictámen á la Excmo. Corporacion Municipal. Segun voz pública trata el Municipio de separarse de las bases propuestas por la mencionada Junta, compuesta de personas notables por todos conceptos. Un completo silencio ha sucedido á la aparicion de esta noticia en los periódicos. En vista de este silencio el público se pregunta ¿Cuáles son las bases propuestas por la Junta Consultiva, para la realizacion del ensanche? El disentiimiento del Escelentísimo Ayuntamiento, no podrá importar un desaire á los dignos individuos de dicha comision y á las corporaciones que los nombraron y representan? ¿Está en las atribuciones de la Municipalidad resolver por si sola una cuestion de tanta importancia? Y por último ¿puede un Ayuntamiento compuesto de personas profanas, constituirse en tribunal para juzgar una obra de arte? Estas son las cuestiones que preocupan en la actualidad el espíritu público de esta Capital, y cuya resolucion definitiva no puede por mucho tiempo demorarse.

FRANCISCO MUNS.

Editor responsable.—Jaime Jepús.

Barcelona.—Imprenta Nueva, de Jaime Jepús y Ramon Villegas, calle de Petritxol, número 14, piso 1.º